

RECUERDOS DE DON VENUSTIANO

Me precio de ser uno de los escritores revolucionarios que han reconocido siempre la gran obra y los relevantes méritos de don Venustiano Carranza.

Desde que me incorporé al constitucionalismo, el 14 de octubre de 1914, hasta su muerte, fui amigo y colaborador del Primer Jefe. Mi obregonismo no me impidió nunca seguir teniendo al señor Carranza como a uno de los más insignes forjadores de la patria nueva. Su labor titánica al frente del movimiento de 1913, lo coloca en la línea de los héroes y mártires que lucharon más y mejor por el bienestar de México.

No es sino con un gran cariño, que yo hablo siempre del Primer Jefe, don Venustiano, el de Coahuila.

El tiempo vuela. Han pasado más de cuarenta años desde la muerte del egregio varón y su recuerdo me llega nítido y preciso. No he de escribir lo que me contaron, sino lo que me consta. Lo traté poco; pero tuve la honra de acompañarlo en su gira triunfal de Hermosillo a la metrópoli. La primera vez que oí su nombre fue en la Escuela de Agricultura. El compañero Juan Garza García, que era de San Buenaventura, Coahuila, nos lo dijo un día:

—Ya verán quién es don Venustiano Carranza. Es un hombre que va para lejos.

Su retrato apareció entre los jefes revolucionarios que tomaron Ciudad Juárez. En la fotografía resaltaban su barba y su bombín.

La caída de Madero vino violentamente. Lo traicionó el general en quien había depositado su mayor confianza. Pasó el estrépito de la Decena Trágica. En una noche tenebrosa los más altos jefes del país fueron asesinados. El usurpador pretendió entonces dominar todo el vasto territorio nacional. Dos entidades norteadas lanzaron las voces de rebeldía: Coahuila y Sonora. El gobernador de Coahuila convocó a sus jefes para formular las bases de la campaña, en la

hacienda de Guadalupe. De esa reunión surgió el histórico Plan de Guadalupe en que se convocó al pueblo a luchar contra los pretorianos, para hacer que volvieran a la nación la dignidad y el honor y posteriormente la paz orgánica. Sonora acogió el Plan de Guadalupe con entusiasmo y fue el Estado que más pronto pudo arrojar de su suelo a los partidarios del usurpador.

Don Venustiano era un magnífico jinete y eran muy pocos los jefes que podían acompañarlo, cuando se trasladaba de un lugar a otro, al trote largo de su caballo. Era un hombre de campo, amante de la vida al aire libre y conocedor como pocos, de la forma de sortear obstáculos, vadear ríos o trasponer una montaña. Sabía interpretar los cambios de temperatura, la influencia de los vientos y el significado de la posición de las estrellas. Sobre todos esos conocimientos, don Venustiano poseía el don de atraer a los hombres, de hacerlos amigos y subordinados y sin el menor esfuerzo se hacía el jefe de grupos al comenzar o de grandes contingentes poco más tarde, hasta convertirse por derecho propio en el jefe de todos: el Primer Jefe.

Con ese honroso título organizó su ejército en el norte de la República y sus soldados entonaban con emoción esta copla popular:

*Don Venustiano Carranza,
gobernador de Coahuila,
por defender a la patria
anda exponiendo su vida.*

*

* *

Dando una prueba de su fortaleza como caballista, emprende desde La Laguna un viaje arriesgado y difícil, con su escolta y un grupo de colaboradores. Así atraviesa la Sierra Madre y un buen día se le ve llegar a El Fuerte, entre las aclamaciones y los vítores de los revolucionarios de Sonora y Sinaloa. Ahí están los principales jefes militares de ambos Estados, con sus comandantes Alvaro Obregón y Ramón F. Iturbe. Desde El Fuerte don Venustiano viaja en ferrocarril hasta Hermosillo, donde una noche de septiembre la población entera se vuelca sobre la estación, para recibir en triunfo al Primer Jefe y darle el tratamiento que merece como caudillo y guía de la Revolución.

Es en Hermosillo donde Carranza organiza su primer gabinete

y donde dispone la formación de los tres grandes Cuerpos de Ejército que avanzarán al sur para derrocar a Huerta: el Cuerpo de Ejército del Noroeste, al mando del general Alvaro Obregón; el Cuerpo de Ejército del Norte, al mando del general Francisco Villa; y el Cuerpo de Ejército del Noreste, al mando del general Pablo González. A Hermosillo llegaron en aquellos días los prohombres de la Revolución de todo el país: intelectuales, militares, periodistas, profesionales, gobernadores, políticos, etc. Se encontraban allá gentes de Tamaulipas, Veracruz, Puebla, Tabasco, Yucatán, así como de Chiapas, Oaxaca, Colima y Michoacán. Los revolucionarios iban a pedir órdenes, instrucciones, o elementos para combatir a la reacción que representaban Huerta y sus secuaces. El Primer Jefe estudió a todos y les dio orientaciones e ideas para intensificar la campaña por todos los rumbos. De esta manera Hermosillo se convirtió en la primera capital de la República, del gobierno que surgía de la Revolución. Hermosillo era una pequeña ciudad, con diecisiete mil habitantes y escasos medios de vida. Todavía no nos explicamos cómo pudo albergar y sostener a tanta gente, en aquellos días de privaciones y sacrificios.

En dos ocasiones saludé al señor Carranza en Hermosillo, la primera cuando nos hizo el favor de repartir juguetes y dulces a los pobres, en la Navidad de 1913, y me correspondió presidir la Asociación Filantrópica de Jóvenes; y la segunda, cuando me presenté en su oficina para ofrecer mis servicios a la Revolución: de ahí salí nombrado secretario particular del ingeniero Ignacio Bonillas, encargado de las Secretarías de Fomento y de Comunicaciones. Después, con la comitiva del Primer Jefe, estuve en Nogales y en Agua Prieta. Lo esperamos en Ciudad Juárez, cuando él atravesó el Cañón del Pulpito para internarse en el estado de Chihuahua. Con arcos triunfales, bandas militares, alegría popular y estallido de cohetes, don Venustiano llegó a la margen derecha del río Bravo. Estaba en Ciudad Juárez cuando vino la terrible toma de Torreón por Pancho Villa. En las calles resonaron otra vez las dianas y los vítores. Fueron disparadas muchas armas de fuego, en honor de la victoriosa División del Norte.

*
* *

Permanecimos en la capital de Chihuahua poco más de un mes. En esa época comenzaron las dificultades con Villa. Sin consultar

al Primer Jefe, Villa depuso al general Chao como gobernador de Chihuahua. Don Venustiano lo llamó a cuentas. Le reprochó su proceder y, a pesar de que Villa tenía en esos momentos cerca de doce mil hombres y el señor Carranza apenas unos cuatrocientos, la voluntad del Primer Jefe se impuso y Chao volvió a su puesto de gobernador. Sin embargo, el incidente dejó resabios y posteriormente Villa desconoció a Carranza.

De Chihuahua pasamos a Torreón, después a Saltillo, y luego a Monterrey. De la capital de Nuevo León la comitiva del Primer Jefe vino hacia el sur, hasta San Luis Potosí. De San Luis a Querétaro y en seguida a Teoloyucan, donde se firmaron los tratados sobre la rendición de la ciudad de México y la disolución del apollado ejército federal. Llegado el rompimiento con Villa, don Venustiano se retiró a Veracruz, desde donde siguió dirigiendo las operaciones militares y el gobierno constitucionalista. En el puerto jarocho lanzó su famoso decreto del 6 de enero de 1915, que sirvió de base a la reforma agraria y de preparación al artículo 27 constitucional.

El señor Carranza convocó al IV Congreso Constituyente de México, encargado de redactar la Carta Magna de 1917. A pesar de que su proyecto de Constitución fue modificado radicalmente, el Primer Jefe no puso ningún reparo al firmar y promulgar la nueva carta fundamental de México. Su gesto al respetar la obra de los legisladores, que era un trasunto de voluntad popular, lo elevó a la categoría de grande hombre de Estado. La forma de tratar los diversos problemas internacionales que surgieron durante su gobierno, demostró la fuerza de su carácter y la firmeza de su patriotismo.

Don Venustiano Carranza pasó por la vida como un viejo noble y austero, enérgico y al mismo tiempo condescendiente con la juventud, apacible y a la vez contundente en el momento preciso, duro para reprimir atropellos o injusticias, suave para encauzar a los hombres por el buen sendero. En resumen: don Venustiano fue un hombre extraordinario. No merecía morir como murió.